



Núm. 9.



LA PEREGRINA DOCTORA.

PRIMERA PARTE.

Sacra Antorcha luminante,
que en ese Alcázar Supremo
pisas alfombras de estrellas
Madre de Dios verdadero,
ayudado de tu gracia
podré salir de este empeño.
En la Ciudad de Lisboa
en el Lusitano Reino
vivía un gran Potentado,
tan noble y tan Caballero,
que General de las tropas
le hizo su Rey don Pedro,
llamado don Alejandro
de Figueroa y Sarmiento.
Este tal era casado;
con qué pena lo refiero!
con qué pesares lo digo!
y con qué dolor lo siento!
Casóse don Alejandro
con un peregrino objeto,
con la mayor hermosura
que había en todo aquel pueblo,
tan hermosa y tan bizarra,
que era otra segunda Venus,

llamada aquesta deidad
doña Inés Portocarrero.
Su esposo pues mas que amante,
adora sus pensamientos,
siempre trae su retrato
para su mayor consuelo.
Este tal tiene un hermano
dentro en su palacio mismo,
llamado don Federico,
hombre tirano y protervo.
Cuando su hermano salia
con los ejércitos bellos,
él se quedaba en palacio
para despachar los pliegos.
Era pirata de esclavas,
y verdugo de los negros,
enfado de las doncellas,
que le estaban asistiendo,
porque á todos les servia
de muy grande contrapeso.
Este tal se enamoró
con mal nacidos intentos
de la muger de su hermano
doña Inés Portocarrero.

Anda triste y pensativo,
sin color y macilento.
En fin se determinó
cierto día entre los pliegos
que su esposo la escribió,
ponerle un papel en medio,
dando parte de su amor
con depravados intentos.
Tomó doña Inés las cartas,
con alegría y contento,
por ser de don Alejandro,
su esposo y querido dueño.
Estábalas repasando,
y reparó en aquel pliego,
que estaba muy poco hollado,
y escrito de poco tiempo.
Puso los ojos en él
y comenzando á leerlo,
en su presencia lo arroja
hecho pedazos al viento.
Detente, muger heroica
guarda el papel en tu pecho,
que podrá ser que te sirva
algún día de provecho.
Y viendo don Federico
el desaire que le ha hecho,
colérico y enojado
brota por los ojos fuego;
mas ella le reprehende,
y á solas le está diciendo:
quien ha de guardar mi honor
quiere ofender mi respeto?
vaya usted, don Federico,
míe que se agravia el cielo,
de que usted contra su hermano
proceda en malos intentos.
No le quiso decir mas,
él se metió en su aposento,
maldiciendo su fortuna,
jura por los altos cielos,
que á pesar de todo el mundo
ha de lograr sus deseos.
Miró doña Inés un día

á don Federico atento,
y le vido que traía
el rostro muy descompuesto,
y que le estaba brotando
la ponzoña y el veneno;
mas ella como discreta,
entre sí estaba diciendo:
áqueste quiere intentar
un villano atrevimiento;
pero antes que lo egecute,
yo quiero poner remedio.
Mandó al punto que viniesen
Albañiles y Arquitectos,
y que en medio del jardín
hicieran de jaspe negro
una bóveda curiosa,
pintada con azulejos
cuanto cupiese una cama,
mesa, silla é instrumento,
y que á la puerta le pongan
unas barretas de hierro,
cuanto pudiesen por ellas
meter el mantenimiento,
con su golpe como cárcel,
el pestilló fuerte y recio.
Ya que estaba aderezado
con su cama y lucimiento,
llamando á don Federico
doña Inés Portocarrero,
le dice así: hermano mío,
porque muy triste te veo,
quiero llevarte al jardín
á ver los árboles bellos,
verás una arquitectura
hecha por un buen Maestro,
para en viniendo mi esposo,
que salga á tomar el fresco.
Así que oyó estas razones,
se alegró tanto en extremo,
que entendió que ya la nieve
la iba deritiendo el tiempo.
Se fueron hácia el jardín
viendo aquel cristal ameno,

con la cama tan curiosa,
le dió el corazon un vuelco,
diciendo: aquesta es mi suerte,
hoy se logran mis deseos.
Dijo entonces doña Inés,
con engañosos intentos:
hermano, por divertirnos
tocad aqueso instrumento,
mientras yo cojo unas flores
de aqueso florido huerto.
Hízolo luego al instante,
y apenas lo vido dentro,
cuando ha cerrado la puerta
con tan varonil esfuerzo,
que quedando el golpe echado,
quedó Federico preso;
diciéndole aquí se pagan
osados atrevimientos.
Oyendo aquestas razones,
tiró al suelo el instrumento,
escarbá, bufá y patéa,
parece un león sangriento,
jura que se ha de vengar
á pesar del mundo entero:
si ella el papel no rompiera,
no se viera en tal espejo.
Doña Inés se retiró,
dejándole en cautiverio.
Venian pues á Palacio
visitas de Caballeros,
y señoras principales
de sus parientes y deudos
y preguntando por él,
dice doña Inés á esto,
que le ha dado un accidente,
y un frenesí descompuesto,
que allí le tiene metido
para tenerle sujeto.
Desde etonces doña Inés
despachó todos los pliegos,
diciendo que está su hermano
melancólico y enfermo.
Allí lo tuvo seis meses,

y sabiéndose por cierto,
que el campo se levantaba,
y que los Reyes hicieron
treguas por otros seis meses,
y que próspero y contento
venia don Alejandro,
echando plumas al viento,
fué la noble Doña Inés,
derecha al encerramiento,
donde está don Federico:
llevóle un vestido nuevo,
un caballo enjaezado,
la peluca y el sombrero,
y un barbero que le afeite,
y que saliese ligero
á recibir á su hermano,
y que guardase silencio
de todo lo sucedido,
que ella promete lo mesmo,
pues lo que ha hecho con él
debe mucho agradecerlo;
y con esto abrió la puerta,
aunque con algun rezelo.
El no se quiso vestir,
que con el ropage mesmo,
y sin afeitarse monta
en un andaluz soberbio.
El hermano que lo vió
tan abominable y feo,
le dice: hermano del alma,
como vienes tan horrendo?
qué pesares te molestan?
qué disfraces son aquestos?
Entonces le respondió
de esta manera diciendo:
Tu esposa tiene la culpa
de verme como me veo,
porque no hice su gusto,
que descansando en mi lecho,
una noche me insistió,
echándome mil requiebros,
pero yo le respondi,
dándola dos mil consejos,

y por aquesta ocasion
me ha dado tanto tormento,
pues me ha tenido hasta ahora
en un mauselo preso.
Don Alejandro que escucha
tan terrible atrevimiento,
como un mármol se quedó
un largo rato suspenso,
que quisiera que el abismo
le sepultára en su centro.
Determinó el ir á casa,
fatigado de tormentos,
y entrando por el Palacio,
le salió al recibimiento
aquella blanca azucena
aquella joya sin precio,
á recibirle en los brazos
del alma, y él con despego
le pegó una bofetada,
con injuria de los Cielos,
y por no ver su hermosura,
mandó que cuatro Monteros,
que eran hombres de mal alma,
la llevasen á un desierto,
y que la saquen los ojos
y el corazon de su centro,
y en un paño se lo traigan,
para quedar satisfecho.
Qué lastima! qué dolor!
qué pena! qué sentimiento!
ó que injusticia! qué agraviol!
que castigo sin deberlo.
Salen una noche triste,
amparados del silencio,
aquellos facinerosos,
y antes que rompiera Febo,
en un monte se encontraron

tan encumbrado y espero,
que aquel dorado Planeta,
que vive en el cuarto Cielo,
no ha podido con sus rayos
descubrirle sus cimientos.
Estando en aqueste sitio,
arrimado á un duro fresno,
antes de darle la muerte,
quisieron gozar primero
aquella prenda del orbe,
aquella joya sin precio.
Arman tan cruel batalla
sobre el que ha de ser primero,
que los cuatro parecian
unos lobos carniceros;
pero la Virgen Maria
los aires bajó rompiendo
con su Hijo de la mano,
sacro Niño Rey inmenso,
la dice: devota mia,
libre estás, no tengas miedo,
que yo vendré á visitarte,
aunque yo nunca te dejo:
un Leon te ha de traer
muy alhagüeno el sustento,
y aqueste te ha de guardar,
que estés velando ó durmiendo.
La Virgen y el bello Niño
de allí desaparecieron,
quedándose Doña Inés
confusa en su pensamiento,
por saber que un Leon
le ha de dar el alimento.
Y en otra segunda parte
dará Juan Miguel del Fuego
á todo el oyente, gusto
del suceso verdadero.